

Octubre 1907 - Diciembre 1908

Colección Ariel

No. 13 - 27

PUBLICACIÓN ECONÓMICA

DE ESCOGIDA LITERATURA
INTERNACIONAL,
ANTIGUA Y MODERNA
en folletos de 32 páginas

PRECIOS:

Número suelto . . . 10 cénts.
Serie de 6 números . . . 50 cénts.
Serie de 12 números . . . 1.00 colón
El abono se hace adelantado

SAN JOSÉ - COSTA RICA - CASILLA

Octubre 1907



Una pasión en el desierto

Cuando el general Dessaix (1) emprendió su expedición sobre el alto Egipto, un soldado provenzal, caído en poder de los Maugrabines (2) fue por ellos arrastrado a los desiertos que están más allá de las cataratas del Nilo.

Con el fin de poner para su propia seguridad suficiente espacio entre ellos y el ejército francés, los árabes forzaron su marcha y apenas se detuvieron después de cerrada la noche. Entonces colgaron su tienda a la orilla de un pozo sobre el que extendían su sombra algunas palmeras, y en cuyas inmediaciones ellos habían escondido de antemano unas cuantas provisiones. Como no se les ocurrió que pudiera su prisionero pensar siquiera en la fuga, los árabes se contentaron con amarrarle las manos, y después de repartirse entre ellos los dátiles y dar el pienso de cebada a sus caballos, se entregaron al sueño.

Viéndolos a todos dormidos, el atrevido Provenzal agarró con los dientes una de las cimitarras, (3)

(1) *José Ma. Dessaix*.—General francés del tiempo de Napoleón Bonaparte. En la campaña de Austria ganó el grado de general y el título de conde.

(2) *Maugrabines*.—Habitantes de Moghreb al Norte de Africa (Túnez, Marruecos, Algeria, etc.)

(3) *Cimitarras*.—Arma de acero, corva, á modo de sable.

serviósse de las rodillas para sostenerla de filo y logró cortar la cuerda que le sujetaba las manos. Una vez libre, echó mano a una carabina, hizo su provision de dátiles pasos y de un saco de cebada, cogió pólvora y balas, ciñóse la cimitarra y montando en el caballo que mejor le pareció, lo echó a galope tendido por el lado en donde se le antojaba que habia de encontrarse el ejército frances. En su ansia por hallar un vivac, tanto apuró al caballo que el generoso animal, que ya habia hecho muy dura jornada, espiró con los ijares rasgados y dejó al provenzal en la mitad del desierto. El soldado frances anduvo algun tiempo por sobre la arena con ese valor del que va huyendo, pero en breve tuyo que detenerse. No obstante la belleza característica de las noches en el Oriente, las fuerzas faltaron al fugitivo apenas hubo ganado una eminencia sobre la cual se destacaban algunas palmas. Las hojas de estas, que él de lejos habia divisado, le habian atraído hasta ahí con la más dulce esperanza. Su fatiga era tan grande que, recostándose junto a una piedra inclinada, quedose dormido sin haber tomado ninguna precaucion para su seguridad durante su sueño. Consistia en que estaba resignado a morir y en que su último pensamiento, antes de dormirse, habia sido el de arrepentirse de haber abandonado a los Maugrabines, cuya vida errante comenzaba a aparecerle risueña ahora cuando ya estaba lejos de ellos y sin socorro de nadie. Despertóle el sol con sus rayos implacables, que, cayendo rectos sobre la piedra, la calentaron intolerablemente. El Provenzal habia tenido la inadvertencia de no acostarse en el lado sobre que debian echar la sombra las palmas verdes y magestuosas que lo habian atraído. Vió el soldado esos árboles solitarios y no pudo menos de estremecerse, pues le trajeron a la memoria los techos elegantes de nuestras catedrales, coronados de largas hojas de columnas sarracenas.

Contado que hubo las palmas y mirado que hubo los alrededores, la más horrible desesperacion se apoderó de su alma en medio de aquel océano

sin costas. Las arenas del desierto, semejantes a un mar de lodo negro, cansaban la vista sin terminar por ningún lado y reverberaban como la hoja de una espada herida por una luz. No sabía si era un mar de hielo o un lago terso como un espejo. Traído por las olas, un vapor de fuego remolineaba por encima de esa tierra movediza. El aire ostentaba un brillo oriental de pureza desesperadora, porque nada deja que desear a la imaginación. Tierra y cielo parecían incendiados. El silencio tenía una magestad salvaje, terrible. El infinito, la inmensidad oprimía el alma por todas partes: ni una nube en el cielo, ni un surco sobre el suelo arenoso. El horizonte mismo, como en el mar cuando todo está sereno, acababa por una línea de luz delgada como el filo de un sable.

El provenzal estrechó el tronco de una de esas palmas como si hubiera sido el cuerpo de un amigo, y luego, a la sombra delgada y recta que extendía el árbol, se echó a llorar, contemplando, sentado y con tristeza profunda, la escena implacable que se presentaba a sus ojos. Dió gritos como para tentar la soledad, y su voz perdida en las cavidades de la colina, devolvió a lo lejos un sonido ténue que no encontró eco. El eco lo tenía él en el corazón. El provenzal sólo contaba veintidos años. Armó su carabina.

—Para ello siempre habrá tiempo! se dijo, poniendo en el suelo el arma libertadora.

Mirando alternativamente el espacio blanco y el espacio azul, el pobre soldado pensaba en la Francia: pensaba en París, a donde él había ido a alistarse en el tiempo más horrible de la Convención; (1) acordábase de las ciudades por donde había pasado, de la sociedad de sus camaradas y hasta de las circunstancias más insignificantes de su vida. No tardó su viva imaginación provenzal en mostrarle su cara tierra nativa, adornada con las flores de la primavera y con la más rica ver-

(1) *La Convención*.—La célebre asamblea que gobernó á la Francia de 1792 á 1795. Su influencia fué poderosa. Con sus enérgicas medidas salvó á Francia de la Coalición Europea.

dura, en los juegos mismos ó como reverberaciones del calor que ondulaban sobre él mantel de plata estendido en el desierto. Preparado contra el peligro de semejante miraje, bajó por la pendiente opuesta a la otra, por donde había subido a la colina el día anterior. Grande fué su alegría al descubrir una especie de gruta cavada naturalmente en los inmensos fragmentos de granito que formaban la base del montecillo. Restos de una estera probaban que ese asilo alguna vez había sido habitado. No lejos alcanzó el soldado a ver palmas cargadas de dátiles, con lo que el instinto que nos apega a la vida se le despertó en el corazón. Figuróse que podría vivir lo bastante para que acertasen a pasar algunos Maugrabines, si no era que antes oía pasar el eco de los cañonazos. Bonaparte recorría a la sazón el Egipto, pero todo parecía posible a ese soldado, porque para él Bonaparte, especie de Dios, podía muy bien hallarse a un tiempo en todas partes.

Reanimado con estos pensamientos, se apoderó de uno de los racimos de dátiles maduros con cuyo peso se doblaban las palmas, confirmándose al gustar ese maná inesperado, en la idea de que su predecesor en la gruta había cultivado esas plantas. Con efecto, la carne delicada y fresca del dátil denunciaba los esmeros de un cultivador. El provenzal pasó súbitamente de la sombría desesperación a un gozo casi loco, subió a lo alto de la colina y se ocupó el resto del día en cortar una de las palmas infecundas que la noche anterior le habían servido de techo. Un vago recuerdo le hizo pensar en los animales del desierto. Ocurriósele que las fieras podían venir a beber en el manantial perdido en las arenas del desierto, y que allí surgía bajo los trozos de rocas, por lo que resolvió resguardarse contra peligrosas visitas levantando una barrera por delante de la puerta de su asilo.

No obstante su ardor y las fuerzas que el miedo de ser devorado durante su sueño le comunicaba, no alcanzó en el día a dividir el dátil sino solo a derribarlo. Cuando al anochecer fué abatido

ese rey del desierto, el ruido de su caída resonó a lo lejos, y fué como un gemido dado por la soledad. Estremecióse el soldado cual si hubiera oído una voz que le anunciaba desgracia; pero semejante a un heredero cuyo dolor por su deudo no se prolonga mucho tiempo, despojó el bello arbol de las hojas verdes que formaban su lujo, y con ellas mulló el lecho o pedazo de estera que había de servirle de cama en esa segunda noche.

Fatigado por el calor y el trabajo, quedóse dormido bajo el embovedado rojo de aquella húmeda gruta. Como a la media noche su sueño fué interrumpido. Parecióle que oía cierto ruido extraordinario, se incorporó, y el silencio del desierto le permitió reconocer los dos acentos distintos, diremos así, de una respiración cuya salvaje energía no podía pertenecer a una criatura humana.

Un profundo terror, aumentado por la oscuridad, la soledad y las imágenes del despertar, le helaron el corazón. Apenas sintió el doloroso erizamiento de los cabellos cuando, a fuerza de dilatar sus pupilas, alcanzó a ver en la sombra dos vislumbres débiles y amarillentas. Al principio tomó esas luces por un reflejo de sus propias pupilas, pero pronto con el vivo brillo de la noche, que gradualmente le ayudaba a distinguir los objetos, alcanzó a ver un enorme animal tendido a los pies de él, dentro de la gruta. Era un león, un tigre, un cocodrilo? El provenzal carecía de la instrucción bastante para determinar a que sub-jénero pertenecía su enemigo. Lo que sí experimentó entonces fué un miedo tanto mas violento cuanto que su ignorancia le hacía suponer todas las desgracias a un tiempo. Padeció el cruel suplicio de escuchar, de notar los caprichos alternativos de esa respiración, sin perder nada de ella y sin atreverse a hacer el menor movimiento. Un fuerte olor parecido al que las zorras despiden pero mas penetrante y, por decirlo así, mas grave, llenaba la gruta, y cuando lo hubo distinguido bien el soldado, su terror llegó al colmo, pues ya no podía revocar a duda la existencia de su horrible compañero, a quien sin duda él había usur-

pado el antro regio. La luna, que ascendía en el horizonte, lanzó algunos de sus rayos dentro del cubil, y con esos rayos resplandeció poco a poco la manchada piel de una pantera.

Este gran león de Egipto dormía como un gran perro que es dueño apacible de un nicho suntuoso a la puerta de un hotel, abriendo los ojos de tiempo en tiempo y con el rostro vuelto hacia el frances. Mil pensamientos confusos se le ocurrieron al prisionero de la pantera. Fué el primero el de darle muerte con un tiro de su carabina, mas vió que no había entre los dos espacio suficiente para poder disparar, pues el cañon pasaría mas allá del animal, y si éste despertaba qué sucedería? Tal hipótesis le redujo a la inmovilidad. En el silencio oía palpar su corazon y maldecía las pulsaciones demasiado fuertes que la afluencia de la sangre producía en él. Temía interrumpir un sueño que le permitía buscar un espediente saludable. Por dos veces llevó la mano a su cimitarra con el intento de cortar la cabeza a su enemigo; pero la dificultad de cortar pelo tan duro y tan raso le obligó a desistir de su atrevido propósito.

—Errar el golpe sería morir, se dijo el soldado.

Decidióse al fin por las probabilidades de un combate y resolvió aguardar el día, el cual no se hizo mucho tiempo esperar. Pudo entonces examinar la pantera, vió que tenía el hocico manchado de sangre.

—Está bien comida, pensó él, sin inquietarse de los pormenores del festin de la fiera; no tendrá hambre cuando se despierte.

El animal era hembra. La piel del vientre y de los muslos deslumbraba de blancura. Pequeños lunares como de terciopelo figuraban pulseras alrededor de sus pies. La cola musculosa era toda blanca y terminaba en una borla negra. Por encima el cuerpo era amarillo de oro mate, liso y suave, salpicado de esas pintas características colocadas en forma de rosas, que sirven para distinguir a las panteras de las otras especies felinas.

La tranquila y terrible huésped dormía en una postura tan graciosa como la de una gata acosta-

da en el cojin de una otomana. (1) Sus pies ensangrentados, nerviosos y bien armados, estaban por delante de su cabeza que reposaba sobre ellos y de la cual salian pelos ralos y rígidos como agujas de plata. Si el provenzal hubiera visto así a la pantera dentro de una jaula, verdaderamente habria admirado su elegancia y los vigorosos contrastes de los vivos colores que daban a su piel un brillo imperial. Mas por ese momento los ojos del soldado fueron turbados por tal aspecto siniestro. La presencia de esa pantera dormida causaba en él ese efecto que se dice causan sobre el ruiseñor los ojos magnéticos de la serpiente.

El valor del soldado se desvaneció por un momento delante de este peligro, cuando se habria exaltado frente al cañon que arrojara la metralleta enemiga. Sin embargo, un pensamiento de intrepidez lució luego en su alma y secó en su frente el frío sudor que la bañaba. Obrando como los hombres a quienes la desgracia pone en la estremidad, que llegan a desafiar la muerte y provocan su golpe, el provenzal sintió sin explicárselo que habia una tragedia en su aventura, y se resolvió a desempeñar honorablemente su papel hasta la escena postrera.

—Quién me asegura que los árabes no iban a matarme? se dijo a sí mismo. Considerándose ya como muerto, aguardó bravamente y con inquieta curiosidad el despertar de la pantera.

Cuando apareció el sol, la fiera abrió de repente los ojos; luego estiró con fuerza las piernas como para desperezarse; despues bostezó dejando ver el formidable aparato de sus dientes y su lengua bifurcada llena de pequeñas asperezas globulosas, papillas terribles que le daban el aspecto de una lima.

—Malhaya la remilgada! pensó el frances viéndola refocilarse, haciendo los movimientos más delicados y coquetos. Lamióse ella la sangre que le teñia las patas y el hocico, y rascóse la cabeza blandamente.—Entretiénete en el tocador! le dijo

(1) *Otomana*.—Sofá ancho y cómodo.

en sus adentros el frances, a quien la resolucion le devolvía el buen humor. Ya será tiempo de darnos los buenos dias. Diciendo esto agarró el puñal de que habia despojado a los Maugrabines. Al instante mismo la pantera volvió hacia él la cara y se puso a mirarlo con fijeza, sin avanzar.

La rigidez de esos ojos metálicos y de una insostenible claridad hizo tiritar al provenzal. En seguida la fiera se adelantó hacia él. El atrevido soldado la vió acercarse y la contempló con aire acariciador, fijándole la mirada como para magnetizarla y dejándola acercarse. Despues con un movimiento tañ tierno y amoroso como si hubiera querido acariciar a la mujer más hermosa, le pasó la mano por todo el cuerpo, de la cabeza a la cola, excitando con las uñas las vértebras flexibles hundidas en el surco profundo que partía en dos el dorso amarillo de la bestia. Esta enderezó graciosamente la cola, sus ojos se dulcificaron, y cuando ya por la tercera vez le hacía el provenzal estos agasajos interesados, la fiera dejó oír uno de esos *rurries* conque nuestros gatos esplican su regocijo. Solo sí que el tal arrullo salía de una garganta tan poderosa y profunda que resonó por la gruta como en una iglesia las vibraciones de un órgano.

Comprendiendo entonces el provenzal la importancia de sus caricias, las redobló de manera de aturdir y dominar la cortesana imperiosa; y cuando se creyó seguro de haber domado la ferocidad de su caprichosa compañera, cuyo apetito habia sido tan felizmente satisfecho la víspera, se levantó y trató de salirse de la gruta. Ningun estorbo le opuso la pantera; mas no bien hubo llegado a la colina, saltó ella como lo hiciera una mona de una rama a otra en un arbol, y vino a frotarse contra el cuerpo del soldado arqueando la espalda a la manera de los gatos. Miróle con mirada de mas en mas cariñosa y soltó ese grito que los naturalistas comparan al chirrido de una sierra.

—Coqueta! le dijo el frances sonriéndose.

Púsose a jugar con las orejas del animal, a so-

barle la espalda y a hacerle cosquillas con las uñas en la cabeza. Conociendo lo bien que le salía tal procedimiento, tentóle el craneo con la punta del puñal, espiondo la hora de clavárselo y matarla, pero la dureza del hueso le hizo temblar de no lograrlo. La sultana del desierto aprobó los talentos de su esclavo, alzando la cabeza, estirando el cuello y revelando su embriaguez en lo tranquilo de su actitud. Ocurriósele al francés que para asesinar de un solo golpe a esta fiera princesa, había que apuñalearla en la garganta. Alzó en consecuencia el arma; pero entonces, tranquila ya la pantera, sin duda, se tendió graciosamente á sus pies, lanzando hacia él de tiempo en tiempo miradas en que apesar de su rigor nativo, pintaba confusamente la benevolencia. El pobre provenzal se puso a comer sus dátiles apoyándose contra una de las palmas, contentándose con volver miradas anhelosas a todos lados del desierto en ansia de un libertador, cuando no las fijaba en su terrible centinela estudiando su incierta clemencia.

El animal fijaba con los ojos cada lugar donde caía alguno de los huesos de las frutas arrojadas por su prisionero, manifestando una increíble desconfianza, y examinaba entonces al francés con una mirada de mercader.

El examen fué favorable al hombre, pues cuando él hubo concluido su pobre comida, la pantera le lamó las botas limpiando con su lengua dura y agil la arena metida entre los pliegues.

—Bien! se dijo el provenzal, pero cuando la ataque el hambre? Esta idea le hizo estremecerse, porque entonces consultó las proporciones de la pantera, que era por cierto uno de los mas arrogantes individuos de su especie. Tenía tres pies de alto y cuatro de largo, aparte de la cola. Esta arma poderosa, redonda como un fute, era como de tres pies de largo. La cabeza, grande como la de una leona, se distinguía por una rara espresion de astucia en que reinaba perfectamente la fría crueldad de los tigres, aunque vislumbrándose en ella algo como una indecisa, confusa

semejanza con la fisonomía de una mujer artificiosa. Por último, el semblante de esta reina solitaria revelaba en ese momento una especie de alegría parecida a la de Nerón ébrio: después de hartarse de sangre, estaba jovial.

El soldado trató de ir y venir; la pantera le dejó andar, contentándose con seguirle con los ojos, semejándose entonces menos a perro fiel que a un gran gato inquieto de todo, hasta de los movimientos de su amo.

Cuando el soldado volvió a mirar, vió cerca de la fuente el cuerpo de su caballo que la pantera había traído hasta allí y cuya mayor parte ya había devorado. Este espectáculo esplicó al frances la ausencia de la pantera y el respeto que a él le había tenido durante su sueño.

Confiado en su primera dicha, atrevióse a tentar de nuevo la suerte con la loca esperanza de llevársela bien con la pantera durante todo el día, no escusando medio de domesticarla y de conciliarse su buena voluntad.

Volvióse junto a ella y tuvo el inefable placer de ver que ella meneaba la cola con un movimiento casi imperceptible. Sentóse a su lado y los dos comenzaron a jugar. El le cogió las patas, el hocico, le hurgó las orejas, la volteó de espaldas y le rascó fuertemente los costados calientes y sedosos. Ella lo dejaba hacer. Cuando él se puso a sobarle la piel de las patas, ella guardó con esmero sus uñas corvas y filudas como yataganes. (1)

El frances que no quitaba una de sus manos de su puñal, trataba siempre de hundírselo en el vientre a la confiada fiera, pero comprendió que esta lo estrangularía al punto en sus convulsiones. Además, sentía algo como remordimiento, y hasta le parecía que se había encontrado un abnegado amigo en ese desierto sin límites. Acordábase involuntariamente el soldado de su primera novia, a quien por contraste había llamado su ángel, pues era infernalmente celosa. Todo el

(1) *Yataganes*.—Especie de sable que usan los orientales.

tiempo que la amó tuvo que temer el fierro del arma con que ella le amenazaba.

Como al caer de la tarde, ya estaba el frances tan familiarizado con su peligrosa situación, que amaba casi sus angustiosas emociones. Su compañera había acabado por alegrarse cuando él la llamaba con acento cariñoso. Cuando el sol caía, la pantera hizo oír repetidas veces un grito profundo y melancólico.—Lo bien criada que está, se dijo el provenzal, no se le olvida ni hacer sus oraciones! Pero esta chanza mental, sea dicho en verdad, no se le ocurrió sino cuando hubo visto la actitud pacífica en que se mantenía su camarada.—Vamos, amiguita, ya te dejaré acostar primero, le dijo él, contando con la ligereza de sus piernas, para evadirse tan pronto como ella se hubiese dormido, para ir a buscar otro alojamiento.

Aguardó con efecto impacientemente la hora de su fuga; y cuando tal hora llegó, él anduvo vigorosamente hacia el Nilo. No había caminado un cuarto de legua por la arena, cuando sintió a la pantera gritando detrás de él, y dando a intervalos ese grito de sierra más espantoso aun que el sordo ruido de sus saltos.

—Decididamente se ha domesticado. En este mismo instante el frances cayó en uno de esos arenales movedizos tan temibles para los viajeros, porque dando en ellos es casi imposible salvarse. Al hundirse, dió instintivamente un grito; pero en el momento mismo la pantera lo agarró del cuello de su uniforme con los dientes y brincó con él en peso tan vigorosamente hacia atrás, que lo sacó del sumidero como por encanto.

—Ah! querida, exclamó el frances con entusiasmo, ahora sí que la iremos de por vida. Pero, eso sí! nada de farsas; porque si tú no me salvas ahora sino para un pienso en tu primer apetito, yo no se las arriendo a tu garganta con mi puñal.

El provenzal volvió sobre sus pasos. El desierto le parecía ya como poblado por un ser a quien él podía hablar y cuya ferocidad se había suavizado para él, sin que se pudiera explicar las causas de esta increíble amistad. Por fuerte que fue-

ra en el soldado el deseo de mantenerse de pié y en guarda, se quedó dormido. Al despertar ya no vió a la pantera. Subió a la colina. Desde ahí sí la distinguió acercándose a botes, conforme lo hacen estos animales, porque les impide correr la estrema flexibilidad de su columna vertebral. La fiera llegó untada de sangre. Recibió las obligadas caricias de su compañero, quien se las hizo como a un perro fiel, y ella se dió por satisfecha lanzando su *rurrú* resonante. Sus ojos llenos de mansedumbre más que el día anterior, se fijaron en el provenzal que la trataba como a un animal doméstico.

—A lo que parece, amiguita, has hecho tu desayuno de algun Maugrabin. Eso al cabo no es tan malo como si lo hubieras hecho de algun frances. En tal caso se entibiaría nuestra amistad.

La pantera se entretuvo jugando como un faldero, dejándose golpear y rascar.

Algunos días trascurrieron así. Esta compañía permitió al provenzal admirar las sublimes bellezas del desierto. Encontrando en éste horas de terror y horas de tranquilidad, alimentos y un centinela junto a él, tenía el alma agitada por contrastes y la vida llena de oposiciones.

La soledad le reveló todos sus secretos y le envolvió con sus encantos. El descubrió en el levantarse y el ponerse del sol espectáculos desconocidos del mundo. Sobresaltábase al sentir crujir sobre su cabeza el aleteo de algun pajarero, raro viajero; y se divertía en ver las nubes agrupándose o desvaneciéndose, tambien como viajeros fugitivos. Estudió durante las noches los efectos de la luna sobre las arenas, océano en que el simún (1) sublevaba montañas y arrollaba olas que crecían o se allanaban. Vivió con el sol, al que veía en su mayor gloria. A menudo, después de haber gozado del terrible espectáculo de un huracan en esa llanura donde el polvo levantado formaba nublitos rojos, secos, mortales, veía con delicia venir la noche en que las estrellas derra-

(1) *Simún*.—Viento abrasador que cruza el desierto de Sahara.

maban su claridad apacible y refrescadora. Escuchaba en el cielo músicas imaginarias. La soledad le enseñaba a vaciar los tesoros de la meditacion; y se pasaba las horas enteras en recordar nonadas.

Al fin le cobró cariño a la pantera por esa ley que fuerza el corazon a buscarse un afecto, y el animal que acaso debía su alimento a los combates que en el desierto se daban las caravanas o las tribus errantes, siguió respetando la vida del frances, cual si estuviera completamente domesticada.

El frances pasaba durmiendo la mayor parte del tiempo, pero con solo un ojo, como se suele decir, temeroso de perder la oportunidad que de salvarse le presentara el paso de alguno, por cualquier punto de su horizonte. Había hecho de su camisa una especie de bandera que mantenía izada en la punta de una palmera sin hojas. Para que se conservara estendida la había armado con listones de madera, pues no contaba con que el viento acertara a agitarla cuando algun viajero la pudiera distinguir.

Durante sus largas horas sin esperanza se divertía con la pantera. Había acabado por conocer las diferentes inflexiones de la voz del animal y la expresion de sus miradas. Comprendía los caprichos de todas las pintas que matizaban el oro de su piel. La fiera le dejaba pasarle la mano como para contar los anillos blancos y negros de su cola, anillos que brillaban al sol como piedras pulidas. Complacíase el frances contemplando las líneas ondulosas y finas de los contornos, la blancura del vientre y la gracia de la cabeza. Pero mas le gustaba jugar con ella que verla; la agilidad y el juvenil esplendor de sus movimientos eran para él una sorpresa continua; se admiraba de verla saltar y trepar con tanta agilidad, de ver como se lavaba y arreglaba la piel o como se agachaba lista para el salto. Por rápidos que estos fueran, a la seña que él daba ella se detenía enseguida.

Un día en que el sol estaba más ardiente, si ca-

be, que de ordinario, apareció en los aires un ave enorme. Púsose el provenzal a examinar este nuevo huésped cuando la pantera, como después de haber aguardado unos instantes, bramó sordamente.

—Malhaya la envidiosa! Creo que siente celos! se dijo entre sí el francés, mirando sus ojos crueles: «El alma de mi primera novia ha pasado a su cuerpo, no hay duda.»

El águila se perdió por los aires, mientras el soldado admiraba el curvo perfil de la pantera. Había tanta juventud y gracia en sus formas! era hermosa como una mujer! la rubia pelusa de su traje se combinaba muy bien con las delicadas tintas del blanco apagado de sus ijares.

La profusa luz del sol hacia este oro viviente, estas manchas bermejas, hasta darles una indefinible atractivo.

El hombre y la pantera se veían uno al otro con miradas inteligentes; la coqueta se estremecía cuando la acariciaba el palmoteo de su amigo en la cabeza; sus ojos relampagueaban, después los cerraba bien. «Tiene alma», dijo, mirando la tranquilidad de esa reina de las arenas, de oro como ellas, blanca como ellas, solitaria y quemante como ellas.

El soldado en su distraimiento no supo qué cosa hizo que pudiera haber irritado a la sultana del arenal; pero sí sintió que, como ofendida, ella empezó a oprimirle el muslo entre sus mandíbulas, indudablemente sin mucha decision por devorarlo. El, al instante, casi instintivamente, le clavó el puñal en el cuello. El animal rodó sobre sí lanzando un aullido que le traspasó el corazón. Siguió debatiéndose con la muerte y mirando sin cólera al soldado.

El francés, refiriendo muchos años más tarde, su increíble aventura, aseguraba que durante la agonía de la pantera sentía él remordimientos, como si hubiera asesinado a una persona, y que hubiera en esos momentos dado su cruz legionaria, (1)

(1) *Cruz legionaria*.—Es una distincion que Bonaparte creó para sus soldados durante el Consulado.

que entonces aun no había ganado, por poder volver la vida a la fiera.

El soldado se desmayó. Cuando volvió en sí se halló rodeado de militares, Una partida había visto su bandera y había venido en su auxilio.

El soldado solía terminar su relacion diciendo: «Después han trascurrido muchos años. Yo he hecho la guerra en Alemania, en España, en Rusia, en Francia, y siempre he echado de menos el desierto! No hay como el desierto! El desierto es como si dijéramos lo mejor del mundo, es Dios sin los hombres!»

Honorato de Balzac ()*

(De los *Cuentos Cortos*)

Voladores sin alas

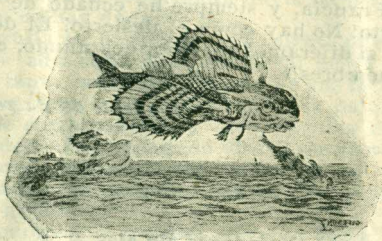
Una de las cosas más interesantes observadas en la costa Sur de California ha sido una bandada de peces volando—cuarenta ó cincuenta—á diez pies de altura sobre el agua, de donde eran llevados por el viento y cambiando de dirección parecían, ora numerosas codornices, ya nubes de insectos. Es un interesantísimo cuadro.

Yo he visto pasar estos voladores á la corta distancia de un pie de mi cara, y he conocido varias personas que han sido golpeadas por ellos; pero con todo y atravesar distancias de un octavo de legua sin tocar el agua, no deben ser considerados como verdaderos voladores porque no mueven, como en el legítimo vuelo, ó lo hacen muy poco, lo que les sirve de alas. Tienen en vez de alas únicamente las aletas muy desarrolladas, principalmente las pectorales. Con estas velas ó para-

(*) Es uno de los más grandes novelistas franceses. Nació en 1799. Nunca vivió en la prosperidad y cuando comenzó á disfrutarla, murió en 1850. Sus novelas mas conocidas son *El Padre Goriot*, *La piel de zapa*, *Ilusiones perdidas*, *Eugenia Grandet* etc.

caídas bien aseguradas y reforzadas por radios huesosos se lanzan los peces al aire para atravesar largas distancias.

En el Golfo de Méjico existe el pez conocido con el nombre de *flying gumard* que cuando está alarmado salta del agua, despliega sus poderosas aletas y pasa como un insecto primoroso. Tiene



Flying Gumard

el cuerpo pintado de un vivo color azul, de púrpura y rojo y sus aletas brillan con el sol como si estuvieran adornadas con joyas. Posee este volador una armadura singular, pues su cabeza prominente es huesosa y por esto resultaría peligroso chocar con ellos. Se conocen varios casos de personas que han sido sorprendidos con golpes de este modo.

Algunos peces tienen la facultad de tomar, una vez en el aire, diferentes vías. Durante la larga Guerra del Pacífico (Chile y Perú) salían alarmados del agua en una dirección que con un movimiento de cola variaban, para seguir como peligrosas saetas zumbadoras. Cuando el navío *Challender* hizo su famosa vuelta al mundo, los naturalistas que estaban á bordo tuvieron muchas oportunidades de observar estos famosos voladores sin alas; uno de esos peces, en esa ocasión, golpeó en la gorra á un oficial; aquellos naturalistas también han suministrado noticias de golpes que

los nativos de algunos lugares recibían á menudo de esta clase de peces.

Los más perfectos voladores sin alas se encuentran entre los mamíferos y los reptiles. Un lagarto (1) tiene un modo particular de volar conectando las estremidades, lo cual no le es difícil porque una serie de falsas costillas se lo facilitan. Cuando desea escapar de un enemigo, este lagarto se lanza por el aire y baja ó sube trechos estensos mediante aquellas estrañas alas fuertemente adheridas á las costillas falsas; entonces es cuando este animal parece una gran libélula (2) volando y los ricos tintes con brillos metálicos, despiden reflejos con la luz del sol. Cruza largos espacios, haciendo graciosas curvas y alcanza un árbol ó un tronco, luego no se ve más sin que el observador se de cuenta de su movimiento; tal apariencia es netamente protectora. Si durante su reposo se le acerca algún pájaro enemigo repite el vuelo llegando muy abajo para subir enseguida hasta no escapar.

Las ardillas voladoras tienen bien acentuada esta facultad de remontarse como pájaros. Tanto las estremidades anteriores como las posteriores, están en ellas cubiertas por una membrana que conservan plegada mientras están en reposo. Pero cuando estos pequeños mamíferos se lanzan por el aire estienden en la marcha un blanco paracaídas para pasar de un árbol á otro aunque estén distantes ó para alcanzar algún lugar alto y ventajoso; esto algunas veces lo hacen llevando bien asegurado un pequeñito volador.

Los lemures (3) voladores son otros ejemplares, los más notables de todos, por el tamaño de su cuerpo. En ellos no solamente las cuatro estremidades sino tambien la cola están conectadas con

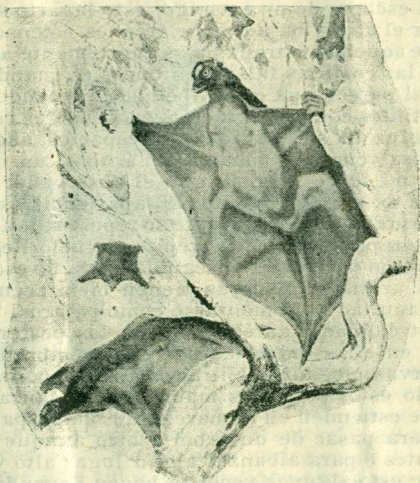
(1) Entiéndase con este término las llamadas aquí *lagartijas*.

(2) En Costa Rica *gallito ó muta del diablo*.

(3) *Lemures*.—Mamíferos cubiertos con suave pelo; tienen por lo general larga cola, orejas terminadas en punta, hocico como el de la zorra, pulgar oponible á los otros dedos: en el segundo dedo de las estremidades posteriores tienen una fuerte garrá en lugar de una; tienen cerebro relativamente pequeño y aplanado. Se les encuentra en Madagascar.



una membrana carnosa y tan admirablemente se encuentra su cuerpo adaptado á esos atrevidos movimientos que no les estorban los hijuelos para bajar mucho y con lijereza subir luego hasta la parte más alta de un árbol y precipitarse de nuevo en idéntico ejercicio. De este modo los lemures



Lemures voladores

recorren leguas en un bosque y, por regla general, escapan de sus enemigos.

En el seno de las islas de Sumatra y Borneo se encuentran unos cuantos voladores que lo son del mismo modo que los anteriormente citados. Un grupo de exploradores caminaba por un bosque cierto día y vieron algo que creyeron fuese un pájaro que se abalanzaba desde los estremos de las partes elevadas. Un nativo fue enviado á perseguirlo, pero la criatura subía luego á la parte alta de un árbol y allí parecía que se movía arras-

trándose, pocos momentos despues se precipitaba de nuevo. Finalmente fué capturado y resultó ser un sapo. En lugar de alas una larga y elástica membrana tenía entre los dedos de las estremidades posteriores con la cual hacía oposición al aire actuando como paracaídas. Tenía el pié como el de una gaviota ó un pato y así le bastaba para pasar de un árbol á otro que estuviese separado.

Tambien una araña con aparato volador ha sido descubierta. A cada lado del abdomen tiene un apéndice triangular que estiende para sostenerse y atravesar por el aire.

Con los anteriores casos queda suficientemente ilustrado el notable método de volar sin alas.

Ch. Fred. Holder, Ll. D. (*)

(Del libro *Stories of Animal Life*).

✓ M. MAGALLANES MOURE

Manuel Magallanes Moure es chileno. Nació en 1878. Hace versos, pinta, toca y ama. Es una bella y dichosa alma. En 1903 había reunido ya sus versos en 2 volúmenes: *Facetas y Matices*.

El Estanque

En el vacío estanque caía la cascada del agua alegremente. Como una carcajada en el alma de un niño, caía el agua adentro del estanque y los chorros en incensante encuentro daban los claros timbres de una cristalería que rodara hecha trizas. La buena agua reía llenando el ancho estanque, y según se elevaba la onda temblorosa, en ella se ahogaba la risa de los chorros, hasta que una vez lleno el estanque durmióse dulcemente sereno.

(*) Referencias de este autor y más datos curiosos sobre la vida de otros animales pueden verse en el N^o 12 de ARIEL.

Los grillos ensayaban sus ásperos acordes.
Y las flores silvestres, erguidas en los bordes
de aquel lago, velaban su sueño. Suavemente
la luz se desmayaba en la tarde silente. (1)

Entonces desde el fondo del estanque dormido
surgió un débil murmullo, un rumor parecido
al murmullo de seda que produce la brisa
cuando va á campo abierto: armonía indecisa
como la de un suspiro: música de un aroma,
perfume de una música que como incienso toma
vaguedades de ensueño.

Aquel rumor süave
que pudo ser el último gorjeo de algún ave
ó el remover del eco de alguna voz amada,
ó el rumorear del aire, ó el lenguaje de una hada,
fué llenando mi espíritu de una melancolía
dulce así como el lánguido desfallecer del día.

El estanque durmiendo su sueño misterioso
decía en un susurro: «Oh tu amor delicioso,
buena agua! Amada mía, cómo me has poseído
por entero! Al principio tus risas despertaron
en mi seno alegrías inmensas; agitaron
en mi seno los claros cascabeles de oro
de la suprema dicha: tu lenguaje sonoro
de voces cristalinas llenó mi ancho seno
con la divina música del amor grande y bueno.

Después, según tú ibas entrando en mí, tu risa
desfalleció; tu alegre voz se tornó sumisa
cual la voz de la esposa que ama. En mi ancho seno
tu alma clara durmióse con un dormir sereno
y mi ser poseido por tu ser trasparente
en un dulce desmayo sumióse lentamente...»

Los batracios (2) ritmaban sus místicos acordes
y las flores silvestres, erguidas en los bordes

(1) Silenciosa.
(2) Ranas.

del estanque, guardaban aún en sus corolas una débil luz húmeda. En sus ásperas violas preludiaban los grillos la canción del crepúsculo.

Cayó sobre mi frente un insecto minúsculo y ahuyentó mis sueños...
Me alejé silencioso
bajo los mudos árboles llevándome este hermoso pensamiento en la mente: Como el Agua el Amor. Como el estanque el hombre.

(De *La Joven Literatura Hispano-americana.*)

Los bueyes

Vae Victis (1)

Van con su lento andar; estremecidas las musculosas testas bruscamente bajo el yugo oprobioso; las enormes pupilas en las órbitas se mueven con una triste lentitud i nada pone viveza en ellas: permanecen clavadas en el suelo i nada miran sino la senda misma i nada advierten sino el tropiezo próximo: ellos saben cuán dolorosa es la caída siempre i cómo aumenta ese dolor el hierro de la aguzada pica introduciéndose en su trémula carne atormentada.

De los hocicos jadeantes penden brillantes hilos que en el blanco polvo trazan complejas curvas, que parecen los misteriosos signos con que escriben estos desheredados de la suerte, en la página inmensa del camino,

(1) Expresión latina. En castellano sería: *Ay de los vencidos!*

la sombría odisea (1) de sus crueles
marchas interminables, a lo largo
de una ruta sin fin.

Los tardos bueyes
son los esclavos del trabajo: nunca
sus formidables nervios estremece
la conmoción del goce, ni el espasmo
de la pasión, ni el súbito deleite
del ardoroso amor.

Ellos ignoran
todo lo que es placer i no apetecen
sino un puñado mísero de pasto
para calmar el hambre de sus vientres.
No juegan: el dolor los tornó graves.
No retozan: están mui tristes siempre.

Cuando al clarear el alba los pastores
conducen el ganado al campo verde,
los terneros brincan de alegría,
los potros riñen amorosamente
con las jóvenes yeguas, las ovejas;
—que miran como miran las mujeres—
van en nutridos grupos jugueteando
por la empinada senda hasta perderse
tras la silueta de una loma, —sólo
los pensativos, los adustos bueyes
andan con lento andar, las poderosas
cabezas inclinadas tristemente,
como si aun pesara sobre ellas
el humillante yugo...

Cuántas veces
con mirar resignado contemplaron
sus cansadas pupilas, á la ténue
claridad del crepúsculo, el idilio

(1) En la *Odisea* el viejo poeta Homero narra las tristes aventuras del héroe griego *Ulises*. Por semejanza se aplica la palabra *odisea* a la serie de aventuras penosas que pueden componer una vida.

de un bravo toro, lleno de altiveces,
con una mansa ternefilla jóven
de ancas llenas, redondas i lucientes...

I ellos, no aman ya... Son los eunucos (1)
que en el haren del campo languidecen
mirando las caricias que se hacen
el sultan de las bravas altiveces
i la sultana de ancas opulentas.

A veces lucen sus pupilas breve
relámpago ardoroso...

Acaso olvidan
su triste condición! Quizá recuerden
el luminoso tiempo en que ellos fueron
tambien sultanes del haren campestre...

Pero es sólo un relámpago i bien pronto
se estingue; entónces sus miradas vuelven
a ser dulces, süaves, resignadas.
Entónces sus pupilas nuevamente
jiran con grave lentitud i nada
pone viveza en ellas: permanecen
clavadas en el suelo i nada miran,
nada ven, nada observan, nada advierten.

Echados a la sombra de algun álamo
cuya elevada ramazon se iergue
en mitad del potrero, a esa hora
en que el florido campo se adormece
bajo la gran mirada abrasadora
del fecundante sol, indiferentes
a quanto les rodea, sacudiendo
la sucia piel, a fin de que se vuelen
las moscas agrupadas en las lacras
que les hicieran los pinchazos crueles
de la ferrada pica; restregando

(1) Los príncipes orientales disfrutaban de muchas mujeres jóvenes y bellas, que mantienen encerradas en los harenes. Las vigilan los eunucos, esclavos privados de los órganos de la reproducción.

las enormes mandíbulas que muelen
el pasto no rumiado en la mañana,
caídas las orejas, como imbéciles,
ahí están, los esclavos del trabajo,
los eünucos del haren campestre,
los que no aman, ni juegan, ni retozan,
los graves, los adustos, los que siempre
tristes están pensando en los idilios
de las tardes rosadas...

Oh los bueyes!

(De *Matices*)

La carreta

Por el camino interminable i blanco
bajo el fuego del sol; por el camino
que los vetustos álamos protejen
con sus ramajes largamente erguidos,
va la torpe carreta dando tumbos
i rechinando, como un mónstruo herido
que fuera lentamente, lentamente
arrastrando a lo largo del camino
el enorme dolor de su agonía.

* * *

Trémulos van los bueyes; abatidos
en la contemplacion del blanco suelo
que rozan con sus húmedos hocicos,
cuya baba, ahilándose, dibuja
en el polvo arabescos infinitos.

I ante las bestias mudas, siempre mudas
en su eterno tormento, entristecido
como sus bestias i como ellas mudo,
el carretero marcha pensativo
contemplando las huellas que dejaron
los que ántes que él cruzaron el camino.

A la sombra de un sauce, cuyos brazos musculosos subian retorcidos en actitud desesperada, el triste convoi cesó de andar.

A un ronco grito del carretero, los cansados bueyes se detuvieron, i en señal de alivio, alzaron sus cabezas taciturnos (1) en una brusca sacudida, que hizo jemir el yugo prolongadamente.

*
* *

Me acerqué al carretero. El, abstraído, levantaba los brazos, sosteniendo la pica de colihue. (2) Un cigarrillo humeaba, colgando de sus labios.

Era un viejo aquel rudo campesino i era un atormentado por la suerte.

Me refirió sus desventuras. Dijo que venia del fondo de los campos en marcha a la ciudad.

Llevaba al «niño», —i era dulce la voz del buen labriego— moribundo de un mal desconocido, e iba a dejarlo al hospital del pueblo.

*
* *

Entónces advertí un leve suspiro doloroso, surjiendo desde el fondo de la inmóvil carreta.

Allí, tendido, pálido i angustiado, estaba «el niño», un mozo de veinte años. Por su boca entreabierta escapábase en silbidos su aliento.

(1) Callados.

(2) El chuzo.

Mis miradas se apartaron
de aquel penoso cuadro i hallé fijos
en mí los ojos del labriego, i nunca,
nunca podré olvidar el infinito
dolor de aquellos ojos, que tenian
algo del dolor mudo e incisivo
que hai en los ojos de las bestias, cuando
ven fulgurar la hoja del cuchillo!

*
* *

Por el camino interminable i blanco
bajo el fuego del sol; por el camino
que los vetustos álamos protejen
con sus ramajes largamente erguidos,
la pesada carreta fué alejándose...

Sobre los campos de maduro trigo
llameaba el sol alegremente, i era
como fiesta de luz el áureo brillo
de las fecundas sementeras.

Léjos,
jemian tristemente los chirridos
de la carreta en marcha...

(De *Veladas del Ateneo*, de Santiago de Chile.)

✓ JOHN RUSKIN

Crítico y ensayista inglés. Trató con mucha habilidad asuntos artísticos, sociales y económicos. Sus obras mejor conocidas son: *Las siete lámparas de la arquitectura* y *Las piedras de Venecia*. Deben citarse entre sus lecturas populares: *Munera Pulveris*, *Sesame and Lilies*, *Crown of Wild Olive* y *The queen of the air*. Nació en Londres en 1819. Pensó muy noblemente. Su influencia moral es muy saludable.

La ley de la ayuda

La primera ley esencial del universo y el segundo nombre de la vida es «la ayuda». El segun-

do nombre de la muerte es «la separación». El gobierno y la cooperación son en todas las cosas las eternas leyes de la vida. La anarquía y la competencia son eternamente y en todas las cosas las leyes de la muerte.

Acaso el ejemplo mejor, aunque el más vulgar, que podríamos presentar de la naturaleza y el poder de la consistencia, será el de los cambios que pueden tener lugar en el polvo que pisamos.

Esceptuando la degradación animal, difícilmente podemos llegar á un tipo más absoluto de inmunidad que el fango. En la mayoría de los casos veremos que este fango está compuesto de arcilla (ó polvo de ladrillo que es arcilla quemada) mezclada con carbón, un poco de arena y agua. Todos estos elementos están en guerra desesperada entre sí y destruyen recíprocamente su naturaleza y facultades, compitiendo y peleando por un puesto á cada pisada de vuestros pies: la arena oprimiendo á la arcilla la arcilla al agua y el carbón metiéndose en todo y manchándolo todo. Supongamos que esta onza de barro queda en perfecto reposo y que sus elementos se agrupan de suerte que sus átomos puedan mantener las más estrechas relaciones posibles.

Empecemos por la arcilla. Deshaciéndose de toda sustancia estraña, se convierte gradualmente en una tierra blanca, ya muy bella, y se dispone, con ayuda del fuego, á convertirse en porcelana y á conservarse en los palacios de los reyes. Pero esta consistencia artificial no es su mejor cualidad. Dejádla tranquila que siga su instinto de unidad y se haga no sólo blanca, sino clara; no sólo clara, sino dura; no sólo clara y dura, sino que pueda colocarse de tal manera que pueda lucir admirablemente á la claridad y recoger sólo los rayos azules más hermosos, despreciando los demás. Podemos, pues, llamarla un zafiro.

Siendo ésta la suerte de la arcilla, dejemos también reposando á la arena. También se convierte primero en una tierra blanca, luego procede á tornarse clara y dura y, por último, se ordena en líneas paralelas, misteriosas, infinitamente be-

llas, que tienen la facultad de reflejar no solamente los rayos azules, sino los azules, verdes, purpúreos y rojos, con la mayor belleza con que pueden verse en una materia sólida cualquiera. La llamaremos, pues, un ópalo.

Después viene el carbón; no puede hacerse blanco á lo primero, pero en vez de desalentarse trata de endurecerse más y más y se hace al fin claro y la cosa más dura del mundo, y en cambio de la negrura que tenía obtiene la facultad de reflejar todos los rayos del sol con el brillo más vívido que ningún otro cuerpo sólido. Lo llamaremos, pues, un diamante.

Por último, el agua se purifica ó se combina, satisfecha de alcanzar la forma de una gota de rocío; pero si nos fijamos en sus procedimientos para llegar á una más perfecta consistencia, cristaliza en la forma de una estrella.

Y en vez de la raya de fango que obteníamos por la economía política de la competencia, obtenemos, por la economía política de la cooperación, un zafiro, un ópalo y un diamante, engarzados en una estrella de nieve.

Tumbas

Nuestro respeto por los muertos, cuando están *efectivamente* muertos, es algo estraño y el modo que tenemos de testimoniar este respeto más estraño aún. Lo esteriorizamos con negras coronas y negros caballos; lo esteriorizamos con trajes de luto y brillantes signos heráldicos; lo esteriorizamos con suntuosos mausoleos y esculturas de tristeza que avergüenzan á la mitad de nuestras más bellas catedrales. Lo esteriorizamos con horrosos enrejados y bóvedas y sepulcros de piedra lúgubre en medio de la tranquila hierba, y, por último, no menos lo esteriorizamos permitiéndonos á nosotros mismos decir un gran número de mentiras, que imaginamos amables ó creibles,

en el epitafio. Este sentir es común al pobre y al rico, y todos sabemos cuántas familias menesterosas se arruinan para testificar en el ataúd su respeto por alguno de sus miembros, del cual no se preocuparon mucho mientras vivió porque estaba fuera de ella, y cuántas veces acontece que una mujer vieja se deja morir para ser honrosamente enterrada!

Ahora bien: siendo éste uno de los más completos y especiales modos de malgastar dinero es naturalmente deber de todo economista y de toda persona buena probar y proclamar continuamente á pobres y á ricos que el respeto á la muerte no se demuestra en realidad con echar sobre ellos grandes piedras para saber dónde yacen, sino con recordar dónde yacen sin pedir socorro á una piedra, confiándolos á la sagrada hierba y á las entristecidas flores; aún más, que el respeto y amor á los muertos se les demuestra no con grandes monumentos erigidos por *nuestras* propias manos, sino con dejar en pie el monumento que ellos erigieron con su memoria.

La corte

Cuando un joven está verdaderamente enamorado de una muchacha, y comprende que hace bien en amarla, debe decírselo de una vez resueltamente y aceptar con intrepidez su destino, como otros pretendientes. Ningún amante tendrá la insolencia de pensar que ha de ser aceptado resueltamente y ninguna mujer tendrá la crueldad de negarse resueltamente sin razones de peso. Si á ella no le agrada él, le despedirá por espacio de siete años ó cosa así y él se dedicará á plantar berros y gastará traje de saco, ó se impondrá una penitencia parecida: si ella gusta algo de él, lo dejará estar á su lado, poniéndole siempre á prueba con severidad, para ver de qué madera está hecho, y exigirá imaginariamente las pieles del

león ó las cabezas de gigantes que crea merecer. Todo el significativo y poder de la verdadera corte es la prueba; y no debe durar menos de tres años; á mi juicio, siete es el tiempo ortodoxo. (1) Y estas relaciones entre los jóvenes deben ser conocidas franca y sencillamente, no sólo de sus amigos, sino de todo el que se toma algún interés por ellos; y una muchacha que se estime en algo debe tener media docena de pretendientes.

No hay palabras bastante enérgicas para expresar el peligro general y la degradación del cortejo entre el vulgo, tan distinto de éstos que han llegado á ser la moda y casi la ley en los tiempos modernos, donde en una miserable confusión de luz artificial, luz de luna y todas las luces que no sean luz del día, en trajes indecentemente atractivos é insanamente provocativos, en momentos robados de cuando en cuando, los jóvenes se sonríen con afectación, se miran de soslayo, cuchichean, lloramiquean, se deslizan, se rozan con los pies, se agitan, tartamudean y disparatan impulsados por lo que llaman amor, esperando conseguir todo lo que desean en el momento en que lo imaginan y estando continuamente espuestos á perder todo el honor de la vida por una locura y toda la alegría por un incidente.

El hombre y la mujer

Es una locura, y locura inescusable, hablar de la superioridad de un sexo respecto del otro, como si pudiesen compararse en cosas similares. De lo que tiene el uno, el otro carece: cada uno completa al otro y es completado por él: en nada son iguales: y la felicidad y perfección de ambos es-

(1) Probablemente el autor alude al plazo bíblico, porque según la leyenda, Jacob, en casa de Laban, esperó siete años la mano de Rebeca y como se le engañara con la de Lía, tuvo que esperar otros siete años para realizar sus pretensiones.

triba en que se pidan y reciban mutuamente sólo aquello que se puedan dar.

Veamos ahora brevemente sus caracteres diferenciales. El poder del hombre es activo, progresivo y defensivo. Es el hacedor y creador por excelencia, el que descubre y defiende. Su inteligencia es especulativa é inventiva; su energía está dispuesta para las aventuras y la guerra, así como para la conquista dondequiera que sea justa y necesaria. El poder de la mujer, en cambio, se hizo para el gobierno y no para el combate; y su inteligencia no es inventiva ni creadora, sino dispuesta para la dirección, el ordenamiento y la decisión suaves. Atiende á las cualidades de las cosas, sus pretensiones y su rango. Su gran función estriba en el elogio; no interviene en la contienda, pero adjudica infaliblemente la corona del combate. Por su oficio y su rango está al abrigo de todo peligro y tentación. El hombre, con su rudo trabajo en el seno de las multitudes, ha de arrostrar pruebas y peligros; para él son los fracasos, las injurias y los errores inevitables; muchas veces será herido ó sojuzgado, otras estraviado, y siempre endurecido. Pero guarda á la mujer de todas estas cosas, y dentro de su casa, como regida por ella, no entrarán, si ella misma no los busca, peligro ni tentación, ni causa de error ó de injuria. Esta es la verdadera naturaleza del hogar, retiro de paz, lugar del abrigo, no sólo de toda injuria, sino asimismo de todo terror, duda y división. No siendo así, no es hogar; si las ansias de la vida exterior penetran en su recinto, si los casquivanos ó desconocidos, si las gentes hostiles ó no amadas traspasan sus umbrales con anuencia del esposo ó de la esposa, ya no es hogar, sino porción del mundo exterior puesta bajo techo, donde habéis encendido lumbre. Pero si es un lugar sagrado, templo de Vesta, que custodian los dioses lares, (1) ante quienes nadie llegará que

(1) En este caso Vesta es la diosa de la maternidad, del matrimonio. Los dioses lares son los dioses protectores de cada familia; generalmente eran los antepasados.

no pueda ser acogido con amor; si es esto y ese techo y esa lumbre son sólo emblemas de una sombra y de una claridad más nobles, sombra de la roca en tierra árida y claridad del faro en mar tempestuoso, entonces merece el título de hogar y justifica su nombre.

Y este hogar envuelve á la verdadera esposa donde quiera que vaya. Aunque las estrellas brillen al descubierto sobre su cabeza, y el gusano de luz sea la sola lumbre encendida á sus pies en la hierba de la noche fría, su hogar está con ella en todas partes, y se extiende á gran distancia en torno de la mujer noble, más aún que bajo el techo de cedro, pintado de bermellón irradiando á lo lejos su luz para los que sin ello no tendrían hogar.

CONTENIDO:

	Pág.
✓ HONORATO DE BALZAC	
<i>Una pasión en el desierto</i>	I
✓ CH. FRED. HOLDER, LL. D.	
<i>Voladorés sin alas</i>	15
✓ M. MAGALLANES MOURE	
<i>El Estanque</i>	19
<i>Los bueyes</i>	21
<i>La carreta</i>	24
✓ JOHN RUSKIN	
<i>La ley de la ayuda</i>	26
<i>Tumbas</i>	28
<i>La corte</i>	29
<i>El hombre y la mujer</i>	30

Editor: — GARCÍA MONJE